

Soldados combatientes. Peligros, violencia estatal y compañerismo en el monte tucumano (Tucumán, 1975-1977).”.

Santiago Garaño.

Cita:

Santiago Garaño (2011). *Soldados combatientes. Peligros, violencia estatal y compañerismo en el monte tucumano (Tucumán, 1975-1977).”*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/734>

Título de la Ponencia: Soldados combatientes. Peligros, violencia estatal y compañerismo en el monte tucumano (Tucumán, 1975-1977).

Nombre del autor: Santiago Garaño

Referencia institucional: Antropólogo y Doctorando de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Miembro del Equipo de Antropología Política y Jurídica (Sección de Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, UBA). Becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas en el Instituto de Investigaciones en Diversidad y Procesos de Cambio (IIDyPCa) y docente de la Universidad Nacional de Río Negro.

E-mail: sgarano@hotmail.com

Resumen: En este trabajo analizaremos memorias de ex soldados enviados al monte tucumano a combatir a la guerrilla rural, en el marco del denominado Operativo Independencia (OI). La elección de este caso se debe a que el monte tucumano, un espacio relativamente periférico o marginal en la escena nacional, fue construido como el *centro* de estrategia represiva a partir de febrero de 1975 y miles de soldados fueron movilizados junto con suboficiales y oficiales, para enfrentar a la Compañía del Monte Ramón Rosa Jimenez (CMRRJ), creada un año antes. Partimos del supuesto de que la creación de esta “zona de operaciones” del OI en la zona sur de la provincia de Tucumán -entre la sierra del Aconquija y la llanura, cerca de los ingenios azucareros ubicados a lo largo de la ruta nacional número 38- no sólo delimitaba *escenario de guerra*, activamente coproducido por los contendientes, el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y el Ejército Argentino (EA) (Isla, 2005). Suponía también la configuración de un espacio donde el *poder de vida y muerte* atravesaba todo el tejido social (Foucault, 1998) y donde se creó un *estado de excepción* (Agamben, 2001). A su vez, consideramos que esta estrategia represiva de control masivo de la población requería además de una activa elaboración cultural del miedo (Taussig, 2006; para el caso tucumano: Isla y Taylor, 1995). En este sentido, en este artículo analizaremos, cómo dicha estructura jurídico-política (que habilitaba que *todo fuera posible* y que el monte se convirtiera en un *espacio de muerte*) fue mediada a través de la narración, basándose en y nutriéndose de un espiral de historias, rumores, chismes y mitos que circularon activamente entre soldados, oficiales, suboficiales y pobladores de la zona.

Palabras clave: conscripción; Operativo Independencia; memorias locales; estado de excepción; rumores.

INTRODUCCIÓN

Con respecto a los estudios sobre memorias del pasado reciente dictatorial argentino, la reconstrucción del funcionamiento del Servicio Militar Obligatorio – con excepción de los soldados enviados a la guerra de Malvinas- continúa siendo una área de vacancia para las ciencias sociales y humanas. En este sentido, los soldados conscriptos -seres de/en la frontera entre el mundo civil y militar – aún no han sido incorporados al conjunto de voces que han dado cuenta del cómo vivieron su paso por esa institución, a treinta y cinco años del golpe de estado del 24 de marzo de 1976.

Inscribiéndose en esta propuesta, en este trabajo analizaremos memorias de ex soldados

enviados al monte tucumano a combatir a la guerrilla rural, en el denominado Operativo Independencia (OI). La elección de este caso se debe a que el monte tucumano, un espacio relativamente periférico o marginal en la escena nacional, fue construido como el *centro* de la estrategia represiva a partir de febrero de 1975 y miles de soldados fueron movilizados junto con suboficiales y oficiales del Ejército Argentino (EA), para enfrentar a la Compañía del Monte Ramón Rosa Jimenez (CMRRJ), creada un año antes por el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP).

Partimos del supuesto de que la creación de esta “zona de operaciones” del OI en la zona sur de Tucumán -entre la sierra del Aconquija y la llanura, cerca de los ingenios azucareros ubicados a lo largo de la ruta nacional número 38- no sólo delimitaba *escenario de guerra*, activamente coproducido por los contendientes, el PRT-ERP y el EA (Isla, 2006); suponía también fundar un nuevo espacio (el “monte”) que suponía tanto una exposición (diferencial) a un constante riesgo de muerte como la producción de fuertes lealtades grupales.

A su vez, mostraremos que esta estrategia represiva requería del control masivo de la población requería además de una activa elaboración del miedo (Taussig, 2006; Isla y Taylor, 1995). En este sentido, en este artículo analizaremos cómo esta cultura del terror fue mediada a través de la narración, basándose en y nutriéndose de un espiral de historias, rumores, chismes y mitos que circularon activamente entre soldados, oficiales, suboficiales y pobladores de la zona.

EL MONTE TUCUMANO: TEATRO DE OPERACIONES

El domingo 9 de febrero de 1975 –domingo de carnaval- se inició un vasto operativo represivo a cargo del EA, pocos días después de que la presidenta constitucional María Estela Martínez de Perón decretara que el “Comando General del Ejército procederá a ejecutar las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos que actúan en la provincia de Tucumán”.¹

A partir del lanzamiento de este operativo, por un lado, miles de soldados conscriptos fueron destinados a la “zona de operaciones” a combatir, junto con oficiales y suboficiales, al frente rural creado por el PRT-ERP un año atrás;² por el otro, el monte tucumano pasó de ser un “nuevo teatro de la guerra revolucionaria” a ser también el “teatro de operaciones” en la “lucha contra la subversión” (LCS). Esta nueva estrategia represiva supuso un serie de prácticas de control de la población. Un ex soldado de la clase 55, nacido en la ciudad de Concepción, recuerda cómo el monte se convirtió en un espacio militarizado:³

Santiago: Y vos, ¿ya conocías la zona de operaciones?

Coco: Fijate vos que sí, ¡qué cosa extraña ésa! Yo sabía irme de Concepción a un lugar que se llama el Dique Molino, que ahora ya está todo cultivado, es distinto, pero en esa época era selva, selva tucumana. Y yo, para hacer cortada, me metía por la selva. Entonces llegaba al dique, me bañaba y volvía. Varios kilómetros, así como 10 kilómetros desde Concepción. Y estaba acostumbrado a eso. Y bueno, en febrero del año '75 -cuando comienza el Operativo- me voy de nuevo, de vacaciones, caminando y me meto así en el

¹ Decreto del PEN n° 261, fechado el 5 de febrero de 1975, en: www.nuncamas.org.

² Sobre la CMRRJ, véase: Seoane, 2003.

³ Todos los nombres que figuran en este trabajo han sido cambiados a fin de preservar el anonimato de los entrevistados.

monte. Y cuando estaba ahí caminando por la selva, chi qui chi qui chi qui chi chi [onomatopeya de pasos], un helicóptero y yo lo miro y sigo caminando. Y se ve que el tipo ha visto el movimiento. Entonces vuelve el helicóptero y vos sabés que mi instinto me hace quedarme quietito, a la par de un árbol. Mi instituto, no era otra cosa porque yo ni leía los diarios. Y lo ví clarito, che, parado ahí arriba y me estaban buscando. Lo vi clarito al que maneja la ametralladora, ¡le vi la cara! Me buscaban, me buscaban, porque cerquita de ahí estaba la base [militar] que habían hecho en Alpachiri, pero yo ni pelota le daba”.⁴

Vemos que, a partir del inicio del OI, quien se atreviera a circular por el monte se convertía en un *ser sospechoso* y, por lo tanto, expuesto a un riesgo diferencial de muerte. Y la selva tucumana, por donde tradicionalmente circulaban los pobladores de la zona sur tucumana, un espacio militarizado donde las autoridades militares buscaban controlar todos los movimientos de la población. Un ex conscripto de la clase 53 nacido en Famaillá rememora cómo se exacerbó la vigilancia sobre los pobladores y donde distintos grupos experimentaban un permanente riesgo de muerte:

Santiago: Y ustedes, ¿se alejaron del monte? el monte era un espacio...

Roberto: Prohibido, prohibido. De aquí [Famaillá], ir al monte, tenías que conocer muy bien el monte o te tenían que conocer [las autoridades militares]... (...) Entonces, ir para ahí era imposible. De noche menos, porque de noche tenías que pasar 50 mil puestos de control de aquí [la ciudad de Famaillá] hasta Fronterita por el camino. Salvo que vos seas guerrillero y tengas todas las precauciones de un tipo que se va cuidándose y que sabe que va a llegar, que va a moverse de noche y se va a ocultar de día. Salvo eso, si no, gente común, no. Los peladores de caña que iban, ya sabían que primero tenían que pasar por ahí, por los militares y avisar que iban. O les daban una cédula, que se identifique, todos iban abroquelados con algo. Y aun así corrían el peligro de que cualquier loco los haga cagar de un tiro. Has visto que abajo, la soldadecza, todos estaban aterrorizados, vivían aterrorizados, vos y ellos también. Y siempre hay un sargento -de esos medio picantes- que dice: 'Bueno, cualquier cosa, primero tirá y después preguntá'. Y te tiraban y te mataban y recién después gritaban: 'Alto quien vive'. Les enseñaban a los soldados que tiren primero a matar y que después tiren al aire otro disparo. Ese es el reglamento de ellos, para cubrirse ellos. Tal es así que el terror de ellos era de que en esa zona de arriba, del río Caspinchango, cuando ellos patrullaban esa zona. Los oficiales, los tiras que nosotros le llamábamos, ellos no se identificaban, se mezclaban entre los soldados, con ropa de fajina común. Porque había francotiradores, o temían que haya francotiradores, que le apuntaban a los que tenían insignia, a los que tenían chapa. Entonces ellos, los oficiales, ni los suboficiales usaban chapa. O sea, vos veías los Unimog que pasaban y no iban los oficiales o suboficiales de acompañantes a la par del chofer y los otros soldados. Y atrás en la caja del camión, metido entre los soldados, ahí iban los oficiales y los suboficiales. Pero el ERP no les tiraba a los soldados, ellos sabían de eso”.⁵

Tal como plantea Coco, el OI también fundó un nuevo espacio, en el que se amalgamó un clima de violencia política, un conjunto de prácticas represivas y fuertes sentimientos de terror:

Santiago: ¿El monte empezó a ser un lugar medio prohibido?

Coco: Y vos sabés que estábamos en Caspinchango y cuando alguien iba al monte, salía al monte [decía]: 'Uy, el monte, el monte'. Te digo que yo era del campo y no sabía qué era el monte. Era el monte ahí.

S: ¿O sea que vos no le decías el monte?

Coco: No, no... Si estábamos ahí nosotros, ¡¿cómo le voy a decir el monte?! Ja, ja, ja! [risas] La cuestión es que yo veía cuando se iban todos armados. Y fijáte vos, y nosotros íbamos en el camión también todos armados, y decía: 'Pensar que antes yo andaba acá, sin nada y no tenía miedo. Y ahora que estoy armado hasta los dientes, me he muerto de miedo'. (...)

⁴ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 24 de enero de 2011.

⁵ Entrevista realizada por el autor en la localidad de Famaillá, el 18 de septiembre de 2009.

S: Y, ¿cómo era el monte?

C: Sabes lo que pasa, hay unos relatos que son muy buenos en algunos libros, realmente: es como si te miraran de todas partes. Vos sentís así, como [que] hay una sensación así, hasta que vos te vas acostumbrando un poco, acostumbrando, acostumbrando, acostumbrando. Pero vos sentís que no estás solo en ningún momento y además que vos acá en Tucumán, te metés un poquito y ya no sentís ningún ruido, y ya no se escucha más nada”.⁶

Ese conjunto de sensaciones que se proyectaban en el monte tucumano (como un espacio de peligro permanente) lo convertían en un *locus* apto para (re)producir el terror entre pobladores de la zona y los soldados, suboficiales y oficiales. Este tipo de narraciones acerca de los peligros que habitaban el monte se enlazaron con otro motivo mediante los cuales el terror fue creado y sostenido: el miedo a -y la peligrosidad de- los integrantes de la CMRRJ. Como veremos en los siguientes apartados, debido a que el miedo, el peligro y la violencia hacen el discurso proliferar y circular (Pires do Rio Caldeira, 2000: 27), el monte se volvía un espacio de activa producción y circulación de rumores.

DE ATAQUES Y HELICÓPTEROS

Desde que empecé a entrevistar a ex soldados que fueron enviados al OI, todos me hablaron de la existencia de un helicóptero que la guerrilla rural utilizaba para moverse en el monte tucumano. Por ejemplo, en la sede donde se reúnen ex soldados del OI en la ciudad de Famaillá, lo primero que me contaron fue que el ERP tenía un “helicóptero de color negro, desarmable, para dos personas”, “un armamento impresionante, que nuestro ejército no tenía” (por ejemplo, la mira láser que le permitía a Santucho para ver todo lo que pasaba por la noche) y que cerca de cinco mil personas integraban la guerrilla rural.⁷ Un ex soldado de la clase 54 nacido en Famaillá recuerda que, cuando le tocaba hacer guardias, se rumoreaba que la CMRRJ planeaba atacar esa localidad -donde estaba asentado el Comando Táctico de Avanzada del OI- utilizando un helicóptero:

“Enrique: En ese tiempo, en la noche previa a la jura de la bandera [el 20 de junio de 1975] fue que había un rumor fuerte de que los guerrilleros iban a invadir Famaillá. Y ahí me toco guardias, (...) esa noche arriba en el techo. Ahí estábamos, alerta. Por que decían que tenían un helicóptero, los compañeros guerrilleros. No sé cuál habrá sido la verdad del rumor. Ese es un tema que yo todavía no tengo claro. Yo hable el otro día con un compañero de la municipalidad, que vive en Buenos Aires desde ese tiempo, y que también tenía militancia sindical. (...). Yo ya sabía que eran menos de los que se decían los que estaban realmente armados. Y él me decía: '¿Cuántos creés vos que había, realmente armados y comprometidos en el monte?'. Yo sabía que el rumor era que había era 3 mil y dije mil. Y sin reírse, porque podría haberse reído, me dijo que para él no había más de ochenta. Yo te tendría que relatar algo sobre algunas experiencia de aquí, que indicaba había algo más que eso. (...)

Santiago: Y, ¿cómo es esto del helicóptero? Porque sistemáticamente haciendo entrevistas con ex conscriptos me hablan del helicóptero....

E: Decían que tenían un helicóptero el ERP, no sé quiénes estaban acá, si el ERP o las FAP [Fuerzas Armadas Peronistas], más bien creo que el ERP. Es interesante dilucidar eso (...). Hablaban de eso, de que tenían [un helicóptero], de que había venido una vez, de que ha habido un tiroteo aquí; otros decían que era un helicóptero propio. No me acuerdo precisiones de eso, no te podría asegurar ni que existía. Si hubo una cosa así, no sé si se puede pensar que eran 50. Te da una idea de otra estructura”.⁸

⁶ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 24 de enero de 2011.

⁷ Notas de campo, 18-9-2009, Famaillá.

⁸ Entrevista realizada por el autor en la ciudad en Famaillá, el 27 de septiembre de 2009.

En el testimonio de Enrique podemos observar cómo el conjunto de rumores sobre el helicóptero, la cantidad de guerrilleros, y el potencial bélico de la guerrilla no sólo circuló durante el OI; hoy continúa funcionando como un *locus* que organiza ese conjunto de memorias sobre ese pasado de violencia política y, como tal, es objeto de disputas y controversias entre distintos actores con disímiles versiones de esa experiencia.⁹ A su vez, este rumor de que la guerrilla tenía un helicóptero condensaba numerosos sentidos acerca de la peligrosidad del frente rural creado por el PRT-ERP ya que, por un lado, sustentaba la teoría de que la guerrilla contaba con un potencial bélico importante para hacerle frente al EA. Por otro lado, también construía la noción de un enemigo que contaba con una alta movilidad que lo volvía tan escurridizo como peligroso.

Sin embargo lo más interesante de los rumores es que, como plantea Veena Das, ocupan esa región del lenguaje que tiene el potencial de hacernos experimentar acontecimientos y de producirlos en el mismo acto de su enunciación (2008: 95). Retomando a Homi Bhabha (2002), Das postula que el rumor presenta un doble aspecto, enunciativo y performativo. En esta línea, Bhabha considera que la indeterminación del rumor constituye su importancia como discurso social, su adhesividad comunal intersubjetiva yace en su aspecto comunicativo y su poder performativo de circulación resulta de la difusión contagiosa (2002: 243). Siguiendo esta propuesta, podemos interpretar que el rumor de que la CMRRJ contaba con un helicóptero no sólo creaba sentimientos de pánico y peligro sino que tenía la capacidad de crearlo y de mover a la acción. Coco describe cómo ese rumor al mismo tiempo que permitió la circulación del terror, desató entre los soldados prácticas violentas:

“Santiago: Y, ¿es cierto que se decía que el ERP tenía un helicóptero?

Coco: Así decían, así decían.

S: Hoy entrevisté a uno que dice que lo vio...

C: Justo nos toca, (...) vamos a Famaillá, y ahí frente a la plaza, en una esquina está la comisaría y ahí era la base [del OI]. Estaban los militares ahí, estaban con esas bolsas afuera, esos muros que hacen de arena, que uno ha visto tantas veces en las películas. Un poquito acá y estaba una camioneta. Y en la camioneta estaba montada un antiaéreo y yo estaba conversando con el muchacho que estaba ahí. Yo no sé si el era de Mar del Plata o el grupo de Artillería era de Mar del Plata, eso no me acuerdo ya. Estaba anocheciendo, era invierno y estábamos conversando y de pronto vienen corriendo dos tipos y señalaban así arriba. Y yo me tiro cuerpo a tierra, ahí en la plaza, debajo de un banco, me tiro ahí y la mueven a la antiaérea y entran a darle arriba ... Chu chu chu [ruido de balas] (...) Y algunas eran balas trazadoras, que tienen una pintura ahí, que el roce produce una línea, entonces está mostrando a dónde dispara. Y estaban disparando a un helicóptero, sí, porque resulta que había una orden de que a partir de determinada hora ya no podían andar ningún [helicóptero], ya no eran de los nuestros, digamos. Si andaba alguno, no era de los nuestros. Yo la verdad es que no escuché ruido ni nada, pero le entraban a dar, bum, bum, bum, ¡un ruido! bum bum bum bum bum bum bum”.¹⁰

Si los rumores sólo pueden ser interpretados en el marco de las formas de vida o de muerte en las cuales está inmerso (Das, 2008: 114), el hecho de que el PRT-ERP contara con un helicóptero nos habla de un doble proceso: la sensación de peligro, de pánico y de riesgo de muerte que atravesaba a los soldados, suboficiales y oficiales en el monte tucumano, pero a su vez representaba una faceta más del proceso de construcción de un enemigo peligroso.

⁹ Sobre las disputas en torno a las memorias del pasado reciente dictatorial, véase: Jelin, 2002.

¹⁰ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de SMT, el 24 de enero de 2011.

DE FULEROS, MONOS Y TRAIADORES

Junto con el rumor de que la CMRRJ contaba con un helicóptero, las autoridades militares fueron estandarizando una formas de clasificar y una serie de términos para nombrar (y al mismo tiempo construir) a su enemigo. Con este fin, las autoridades militares utilizaron junto con los términos usualmente usados a nivel nacional (como “extremistas”, “subversivos” y “delincuentes terroristas”), otras denominaciones cuyos sentidos sólo pueden ser interpretadas a la luz del contexto local.

A partir de la lectura de libro *Santa Lucía. La base* de Lucía Mercado (2005), me ha llamado la atención el uso por parte de los habitantes de esa localidad del sur tucumano del término “fulero” para denominar a los miembros de las organizaciones armadas. Lo que para mi significaba simplemente “feo” o “fiero” (término usado en el lunfardo tanguero), en ese contexto local adquiría otros sentidos asociados. Un ex soldado de la clase 54, nacido en San Miguel de Tucumán y destinado al monte tucumano en 1975, recuerda cómo el personal del EA utilizaba ese término:

“Néstor: Es que el termino fulero es muy de campo tucumano, es muy del campo, y significa persona tramposa, no confiable. Y sí, era un termino que usaba la gente. Y si los militares en ese sentido desplegaron toda una serie de argumentos tratando de caracterizar[los] como fuleros, como gente extremista, gente extraña y siempre toda ocasión era propicia para hacer referencia”.¹¹

Sin embargo, la imposición de clasificaciones no puede ser desligada de la relaciones de poder entre aquellos que buscan imponerlas y los que se resisten a ellas (Vianna, 1997) y, por lo tanto, nada garantiza que los grupos y sujetos (con distintos intereses y biografías) utilicen las categorías existentes de la manera prescripta (Sahlins, 1997: 14-15). Por ejemplo, dos ex soldados nacidos en Famallá (que fueron secuestrados acusados de ser “sospechosos”) consideran que las autoridades militares al usar el término “fuleros” si bien buscaban estigmatizar a los acusados de pertenecer a la guerrilla, en realidad, proyectaban su propio salvajismo:

“Orlando: Es cuando llegan los militares, recién le empiezan a llamar fuleros porque los militares inculcan a la gente: ‘Ustedes no se metan con los fuleros porque van a ser boleta’. (...)

Santiago: ¿Y vos decís que ahí surge lo de los fuleros?

Roberto: Porque el Ejército y la misma clase política le pone ese mote, los fuleros, para desvirtuar toda ideología, para desvirtuar todo pensamiento digamos reivindicativo. Le pone fuleros, como si fuesen delincuentes, gatos [ladrones] de gallina o alguna cosa, malas personas. Pero si no eran mala gente, eran profesores de la facultad, eran gente catedrática, eran gente estudiada, eran gente educada. El ERP no estaba constituido por vándalos. (...) Entonces la psicosis colectiva de la gente empezó a tornarse a ese lado. Entonces lo denunciaban como que eran los fuleros. Yo te digo que en el Ejército, en la Policía Federal, no así en la Gendarmería, lo tengo que decir, sí había delincuentes, que llegaban a tu casa y no te quedaba un anillo de oro, no te quedaba un reloj, y encima, si podían, te violaban a tu mujer, te violaban tu hija”.¹²

Cada forma de nombrar a los miembros de la guerrilla incorporaba nuevos sentidos que, al enlazarse, construían distintas facetas de ese enemigo. Enrique me contó que autoridades militares lo acusaban de ser “mono” por el simple hecho de haber nacido en la zona sur de la provincia, cercana a donde se instaló la CMRRJ:

¹¹ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 19 de septiembre de 2009.

¹² Entrevista realizada por el autor en la localidad de Famallá, el 18 de septiembre de 2009.

“Santiago: ¿A quién le llamaban monos?

Enrique: A los subversivos.

S: En Santa Lucía se hablaba de los fuleros...

E: Sí, acá también, lo mismo, si, si, sí, los fuleros. En cambio, en el lenguaje al que yo tenía acceso por el tema de haber estado en el Comando de Operaciones, se le decía el oponente, no se le decía el enemigo ni el guerrillero. No, se le decía el oponente, en una muestra de civilización y consideración hacia al rival.

S: ¿Y quién hablaba de los monos, entonces?

E: Los oficiales y suboficiales jóvenes...

S: Y, ¿por qué lo de monos?

E: Y sería por que andaban en la selva. Además mono se dice mucho aquí en la zona.

S: Y lo de fulero, ¿cómo lo recordás?

E: Y, fulero porque hace *fullería*, no sé si en tu provincia se usa la palabra, ¿no?

S: Fulero en el tango se usa, que quiere decir, feo, fiero.

E: Fulero es cuando es atorrante, tramposo, ladino, clavador, cagador.

S: Medio delincuente, lo que nosotros le decimos malandra.

E: Si, fulero, es fulero, es gatillo.

S: La gente hablaba de los fuleros,

E: No, la gente no, la gente decía guerrilleros, la gente decía guerrilleros. No decían ni subversivo. Porque de última subversivo vos le estás dando una intención de subvertir un orden, por ejemplo, es una cosa medio pretenciosa, pero dentro de lo posible.

S: ¿Y extremistas?

E: También decía extremista la gente. (...) Después cuando a ver como que son las experiencias, ya te enfrías un poco, decís: ‘¿y por qué esto?’ y buscás en el diccionario. Me acuerdo que yo buscaba hasta en inglés cómo se decía en inglés ‘guerrillero’, y se dice ‘*red shirt*’, ‘camisa roja’. Porque quería saber de dónde nacían esas expresiones para definir cierta actitud o cierto segmento...”.¹³

En el relato de Enrique volvemos a ver cómo hacer memoria implica un trabajo reflexivo donde distintos grupos revisan su pasado, construyen sus versiones muchas veces confrontando con las oficiales del EA y al mismo tiempo que se apropian de algunos de sus sentidos, impugnan otros (véase: Jelin, 2002). Frente a la denominación de “fulero”, el uso del término “mono” para referirse a los miembros de la guerrilla ilumina otro aspecto de este proceso de construcción del enemigo: la deshumanización y animalización del otro como condición de posibilidad para el ejercicio de la violencia.¹⁴ El relato de un ex soldado de la clase 55, nacido en la ciudad de San Miguel de Tucumán y destinado en 1976 al monte tucumano, muestra cómo esa animalización del guerrillero habilitaba prácticas violentas de aniquilación:

“Santiago: Entonces, ¿eran muchos los guerrilleros que estaban en el monte? ¿Cuántos eran?

Fito: Bueno, eran muchos, pero, por ejemplo, a mí me ha tocado un caso... No es que estaban todos juntos, estaban separados y usaban mucho la estrategia de estar arriba de los árboles, siempre estaban arriba de los arboles. Por eso nosotros teníamos un guía que el nos enseñaba, por ejemplo, ese árbol tiene que estar claro [muestra un árbol que está en la cuadra de enfrente]. Si ese árbol está oscuro, es porque ahí adentro está alguien. El tipo tenía una vista terrible, y bueno, pasábamos la ametralladora y caía la gente. Él sabía.

S: ¿Y por eso le decían los monos? ¿Porque andaban en los arboles?

F: Y, claro, porque ellos se metían arriba de los arboles, siempre en las copas de los arboles estaban ahí. Porque arriba de esos arboles tenían armamentos que eran de afuera y te

¹³ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de Famailá, 27-9-2009.

¹⁴ Numerosas investigaciones en los más diversos contextos latinoamericanos, han mostrado el uso de clasificaciones, imágenes y metáforas que animalizan a los seres que son objeto -no sujetos- de violencia estatal o política (véase, entre otros: Uribe Alarcón, 2004; Da Silva Catela, 2007; Pita, 2010).

volteaban gente, soldados, como si nada”.¹⁵

Como se puede observar, la construcción del enemigo amalgamaba un conjunto de rumores sobre su peligrosidad (y el riesgo que representaban para soldados, suboficiales y oficiales), la estigmatización de los guerrilleros como “fuleros” y su animalización como “monos”. Y, al mismo tiempo, este conjunto de operaciones de poder producía marcos culturales mediante los cuales aprehender determinadas vidas como vidas que valieran o no la pena ser preservadas (véase: Butler, 2006). O, dicho de otra manera, producía como resultado que hubiera 'sujetos' que no era completamente reconocidos como sujetos y 'vidas' que fueron del todo reconocidas como vidas, aunque estaban claramente vivas (véase: Butler, 2010). En especial, no sólo al clasificar a los guerrilleros como “monos” se los animalizaba y se los excluía del universo de seres reconocidos como “humanos” – y por lo tanto sujetos de derecho-; en ese mismo movimiento, se habitaba una exposición diferencial de esas “vidas irreales” a la violencia de estado y a la muerte.

LAZOS DE COMPAÑERISMO

Sin embargo, el monte no solo era un espacio de muerte donde el terror atravesaba todo el tejido social; también era un espacio de producción de fuertes lealtades grupales. Es decir, al mismo tiempo que la violencia estatal revelaba una faceta destructiva y aniquilante, entre quienes estaban expuestos a ese diferencial riesgo de muerte se cimentaban fuertes vínculos de “compañerismo”.¹⁶ Néstor describe cómo eran las relaciones que tejían soldados, oficiales y suboficiales en el monte tucumano:

“Néstor: Todos estábamos distribuidos en forma muy igualitaria, muy igualitaria, soldados, suboficiales, oficiales, todos juntos. Y, en ese momento, teníamos el permiso de dirigirnos con nombre al oficial. Vos cuando estás en el cuartel, te cruzás con alguno y te tenés que poner firme, hacerle la venia, y tratarlo de 'Mi capitán', 'mi sargento mayor' y cosas así. Ahí toda esa formalidad se iba a la mierda porque los mismos oficiales te decían [por tu apodo] ... Y teníamos apodo, entonces ni siquiera era el nombre real. Yo estaba en el grupo que lo dirigía un subteniente. El Subteniente iba con un suboficial que podía ser un sargento, un cabo primero o un cabo. A veces dos suboficiales. Era un grupo pequeño y eramos diez, doce soldados, entre 10/15 personas. Y así se organizaba ese campamento. (...) Y todos desparramados, la carpa mía podía estar al lado de la del Subteniente, después venía un soldado, después venía..., todos entreverados y la era la misma carpa. Era la misma. Se sacaban la tira que los distinguía como oficiales. Era un igualitarismo muy especial que se vivía ahí. Es más, ahí había alguno que se mandaba alguna cagada, pero bueno, si era grave, sí, lo castigaban. Si no, le prometían que a la vuelta le iban a hacer algo. Pero, por lo general, no, no hay grandes problemas”.¹⁷

En los campamentos entonces se tejía una trama de relaciones entre soldados, oficiales y suboficiales que alteraba ese sistema de jerarquías que organizaba el mundo militar.¹⁸ Así lo explica Fito:

“Santiago: Y, ¿cómo era la relación con los oficiales y suboficiales en el monte?”

¹⁵ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 24 de enero de 2011.

¹⁶ Sobre la violencia represiva y productiva, véase: Villarreal, 1985.

¹⁷ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 19 de septiembre de 2009.

¹⁸ Esa “relación especial” entre quienes convivían en el monte tucumano – en oposición a la que se vivía en el regimiento- parece asemejarse a los dos modos de interacción humana que describe Víctor Turner: el que presenta a la sociedad como un sistema estructurado, diferenciado y jerárquico de posiciones sociales; y el de la sociedad en cuanto *comitatus*, comunidad o incluso comunión (de individuos concretos, que no están segmentados en roles o estatus), que surge de forma reconocible en los períodos liminales o de transición (1988: 103).

Fito: Con los oficiales era muy buena, los suboficiales mal, porque había aquí en Tucumán mucha gente de Salta y Jujuy. Por ejemplo, nosotros (...) éramos 50 tipos que estábamos arriba del cerro, y nos hemos presentado con el oficial y le hemos dicho que el sargento ése que era de Jujuy, que lo sacaran del pelotón de nosotros porque un día se quiso tomar la atribución de estaquearlo a uno de los compañeros de nosotros. Y en una guerra no se estaquea al compañero ni al soldado. Porque si no, nosotros lo íbamos a matar a él, lo íbamos a fusilar, lo íbamos a hacer mierda. Entonces el oficial ha dicho que teníamos razón y lo mandaron para otro lado”.¹⁹

Sin embargo, no sólo se modificaba el rígido sistema de jerarquías que organizaba el mundo militar; la creación de fuertes lazos de lealtad y compañerismo imponía sacrificios. Coco recuerda cómo la muerte de un “compañero”, al mismo tiempo que cimentaba al grupo, favorecía la circulación del odio:

“Coco: Ah, otra cosa linda que aprendí ahí fue el tema del grupo. Porque nosotros, me tocó estar en lo que se llama EMASAN, era Equipo Móvil Avanzado de Sanidad por eso es que yo estoy en Lules, en Caspinchango, acompañando al Equipo Móvil Avanzado. Entonces ahí éramos un grupo, soldado 2 o 3, chofer y después había un oficial médico, otro médico también, un capitán, un teniente primero y dos suboficiales. Éramos un grupo, a veces aparecía un mayor también por ahí. Pero actuábamos así como un grupito, vivíamos como familia, no había grados ahí, en el momento en que estábamos en la intimidad no había grados, ¿entendés? Pero después, si teníamos que actuar para afuera, sí, era el Teniente, el Capitán, el Mayor, el soldado, el chofer, eso era lindo,

Santiago: ¿Y en ese grupo estaba Toledo Pimentel [un subteniente de reserva asesinado en un atentado]?

C: Toledo Pimentel no está con nosotros en el EMASAN, no. Pero para mí eso es muy doloroso, lo de Toledo Pimentel, muy doloroso. Yo, sabés que una de las preguntas que yo me hacía era cómo voy a actuar yo ante un ataque, una cosa de esas. Porque a mí no me entraba en la cabeza eso de matar a una persona, matar, matar, matar, ¿por qué matar?... a menos de que sea una cuestión así de defensa propia, que te estén tiroteando. Pero, de otra manera, matar era algo que no me entraba en la cabeza. Pero cuando es lo de Toledo Pimentel nos ponemos como locos, hacíamos tiro, hacíamos un despelote todos. Y teníamos un odio. Y ahí me di cuenta porque podés hacer esas cosas, por odio, por odio podés hacer eso. Matar. Porque ideológicamente, porque el otro sea comunista, troskista, ni sabía qué era eso... Pero ya sí, cuando era un amigo que había muerto, ya era más concreto, si no, no”.²⁰

Como vemos, el mandato institucional del sacrificio de la propia vida se encarnaba (en el sentido de hacerse carne) cuando se enlazaba con otro poderoso mecanismo: la deuda con los compañeros muertos.²¹ Durante esos años, las autoridades militares exaltaban el valor del “sacrificio” – el “saber dar” como “testimonio del índice más alto del valor”. Sin embargo, no lo planteaban como una experiencia de sufrimiento sino como una actitud de “abnegación”, de “renuncia” “desinteresada” a la voluntad propia cuyo destinatario era tanto una “Patria” como entidad impersonal así como el resultado de los vínculos de “lealtad” a “la Nación, el Ejército, a la Unidad, a los superiores, a los camaradas, y a los subordinados”.²² Sin embargo, este mandato sacrificial adquiría toda su potencia a partir la ejemplaridad de los actos heroicos de “compañeros caídos” concretos -de carne y hueso, a quienes se conocía cara a cara. El peso de los soldados “caídos” entonces tenía un efecto multiplicador entre sus compañeros y explicaba por qué algunos soldados

¹⁹ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 24 de enero de 2011.

²⁰ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 24 de enero de 2011.

²¹ Para reflexionar en torno a esta cuestión me han parecido muy sugerentes las reflexiones desarrolladas por Ana Longoni (2007) en torno al mandato del sacrificio de la propia vida que imperaba en organizaciones armadas de la década del '70.

²² Sobre la moral del sacrificio en la policía cordobesa: Hathazy, 2004.

estuvieran dispuestos a morir y a matar. Incluso, alentaba a algunos soldados destinados a otros regimientos, a querer ir al monte a combatir a la guerrilla:

“Eduardo: Yo estaba anotado para venir a combatir a la guerrilla y un jefe, un oficial, que es mano derecha del teniente coronel (yo le hacía la parte de salir a buscarle bebida para el casino), él no ha querido que yo venga a combatir porque él me necesitaba ahí. Pero yo tenía muchas ganas de venir.

S: ¿Por qué tenías ganas?

E: ¿Por qué? No sé, es una cosa como que uno con el mismo preparamiento uno tiene ganas de luchar en contra la injusticia, uno quiere hacer [algo]. Como que a uno le duele tanto que un compañero tenga que morir en combate, que hay compañeros que han quedado sin piernas sin brazos y uno se siente herido ahí. Como que uno también quiere venir a jugarse la vida por la patria”.²³

Sin embargo, este mandato del sacrificio y del heroísmo también era cuestionado por aquellos que vivían en carne propia el riesgo de matar y morir. Así lo explica Fito:

“Santiago.: Y te acordás de algún acto patrio, como el 9 de julio, o de la navidad, año nuevo?

Fito: Sí, navidad para mí era triste porque la tenés que pasar en el regimiento. Sí, el 31 era feliz porque me mandaban para acá [a la ciudad], cuando estábamos en [el regimiento de] Granaderos. Y yo pasé una fiesta en los cerros, que era tristísima porque te ponías a conversar con los changos, te decían: 'Che, cabezón, mirá dónde estamos nosotros, queriendo matar gente cuando ya se va el año, en vez de estar con los viejos, en vez de ser otra cosa. O como la navidad, en vez de estar esperando a Jesús, tenemos que estar metiéndole bala a gente que ni conocíamos nosotros'. Era triste, era triste. Y estos que vienen a cada rato: '¡No pierdan la moralidad!, ¡siempre sean fuertes!', y meta inyecciones, meta comer pa' que estemos locos, para que no tengamos piedad de la gente ésa. (...) En el Operativo Independencia, cuando nosotros salíamos de Santa Lucía a los cerros, lo primero que nos daban era, por ejemplo, café con leche. Y éramos unas bestias, porque no teníamos miedo a nadie. O sea que yo siempre dije que nos drogaban, para que salgamos y no los queríamos a los de federales [de la Policía Federal] y te digo más, milico asqueroso traidor, traicionero. Esos fueron peores que los subversivos porque ellos son los que han hecho desastres agarrando a las mujeres y a las hijas de los pobres campesinos que viven en los cerros”.²⁴

Lo que está denunciando Fito es que no sólo las autoridades animalizaban al guerrillero; también buscaban deshumanizar a los soldados conscriptos, al intentar convertirlos en seres capaces de cualquier cosa, en “bestias”. Además, nos muestra que gran parte de los mandatos institucionales y las formas elaboradas activamente para producir y reproducir el terror también presentaban fisuras y líneas de fuga.

A MODO DE CIERRE

El interés de reconstruir las memorias locales de ex conscriptos radica en que nos permiten acceder a esas tramas de relaciones, prácticas y sentidos locales en las que se encarnó el funcionamiento del *estado terrorista* en distintas latitudes de nuestro país. Esos relatos por un lado, nos hablan de cómo la violencia estatal fue vivida, sentida y hoy es recordada por ex soldados y, por el otro, nos muestran cómo el OI requirió no sólo de procedimientos y dispositivos represivos sino también configuró nuevos territorios, hizo circular el terror (gracias a los rumores), estandarizó formas locales de clasificar y construir

²³ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 26 de enero de 2009.

²⁴ Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 24 de enero de 2011.

al enemigo, despertó fuertes sentimientos (de odio, de compañerismo) y, en fin, produjo nuevas formas de relaciones sociales.

En este trabajo mostramos cómo la delimitación de la “zona de operaciones” de este operativo represivo configuró un nuevo espacio marcado por un riesgo (diferencial) de muerte a quienes lo habitaban y supuso la multiplicación del derecho a matar entre soldados, suboficiales y oficiales. Así se construyó un nuevo *monte*, espacio de peligros, terror y muerte. Este proceso fue sólo posible gracias a un activa elaboración del terror, la circulación de rumores sobre la peligrosidad de la guerrilla y la creación de categorías locales para nombrar (y producir) ese enemigo.

La hipótesis de este trabajo es que este tipo de narrativas devino emocionalmente poderosas y se convirtió en una potente fuerza política sin la cual ese operativo represivo no hubiera podido llevarse a cabo. Al crear un enemigo, poner a circular el terror, estimular sentimientos de peligro y potenciar fuertes vínculos de compañerismo (que explican por qué algunos soldados estuvieron dispuestos a morir y a matar), se configuró una trama que habilitaba a una exposición diferencial a la violencia de estado a quienes fueran susceptibles de ser clasificados como “sospechosos”, “fuleros” o “monos”.

Bibliografía

Bhabha, H. (2002). “Al pan solo. Signos de violencia a mediados del siglo XIX”. En *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.

Butler, J. (2006). *Vidas precarias. El poder de duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.

Da Silva Catela, L. (2007). “Poder local y violencia: memorias de la represión en el noroeste argentino”. En Isla, A. (Comp.). *En los márgenes de la ley. Inseguridad y violencia en el Cono Sur*. Buenos Aires: Paidós.

Das, V. (2008). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Hathazy, P. (2004). “Cosmologías del Desorden: El sacrificio de los agentes antidisturbios y el sentido de su violencia”. Ponencia presentada en el VII Congreso Argentino de Antropología Social (CAAS), Córdoba.

Isla, A. (2006). “El papel de la violencia en la producción de sentido común. La especificidad tucumana”. Ponencia presentada en el VIII CAAS, Salta.

Isla, A. y J. Taylor (1995). “Terror e identidad en los andes. El caso del noroeste argentino”. *Revista Andina*, 2, 311-341.

Jelin, E. (2002), *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno editores.

Longoni, A. (2007). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma.

Mercado, L. (2005). *Santa Lucía de Tucumán. La Base*. Buenos Aires: Edición de autor.

- Pires do Rio Caldeira, T. (2000). "A fala do crimen". En *Cidade de muros. Crimen, segregacao e cidadania en Sao Pablo*. San Pablo: Editora 34.
- Pita, M. V. (2010). *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia estatal*. Buenos Aires: CELS-Editores del Puerto.
- Pozzi, P. (2004). "Por las sendas argentinas...". *El PRT-ERP La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Sahlins, M. (1997). *Islas de historia. La muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- Seoane, M. (2003). *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Taussig, M. (2006). "Culture of terror – Space of death. Roger Casement's Putumayo Report and the Explanation of Torture". En Scheper-Hughes, N. y P. Bourgois (Eds.). *Violence in War and Peace*. Singapur: Blackwell.
- Uribe Alarcón, M. V. (2004). *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el Terror en Colombia*. Bogotá: Norma.
- Vianna, A. (1997). "Clasificaciones sociais, Polícia e Menoridade. Distrito Federal, 1910-1920. Comunicación presentada en el Seminario "Ciencias Sociais, Estado e Sociedade". Río de Janeiro, mimeo.
- Villarreal, J. (1985). "Los hilos sociales del poder". En Jozami, E. (Comp.); *Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social. 1976-1983*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.